

SOBRE LA LITERATURA DE ANIMALES. APUNTES PARA UNA CRÍTICA INDISCIPLINADA

Julieta Yelin¹

El trabajo tiene como objetivo inicial analizar algunas ideas nodales dentro del campo de los estudios animales para, a partir de esos lineamientos de carácter general, abordar el discurso de la crítica literaria, inmersa en un significativo proceso de reconfiguración conceptual. El acento será puesto sobre algunas apropiaciones de la noción de “vida”, un núcleo relevante en la mayor parte de los estudios críticos que examinan la productividad del vínculo literatura-animalidad. Dicho núcleo entraña una transformación de los juicios acerca de las formas que asumen las relaciones entre vida y literatura, así como también una revisión de las concepciones que intentan aprehender un sujeto de la experiencia.

Palabras clave: posthumanidades, crítica literaria, resistencia, vida.

¹Universidad Nacional de Rosario – CONICET.
E-mail: julietayelin@conicet.gov.ar.

O trabalho tem como objetivo inicial analisar algumas ideias nodais dentro do campo dos estudos animais para, a partir destas orientações de caráter geral, abordar o discurso da crítica literária, imersa em um significativo processo de reconfiguração conceitual. O acento será posto sobre algumas apropriações da noção de “vida”, um núcleo relevante na maior parte dos estudos críticos que examinam a produtividade do vínculo literatura-animalidade. Tal núcleo acarreta em uma transformação dos juízos acerca das formas que assumem as relações entre vida e literatura, assim como uma revisão das concepções que tentam apreender um objeto da experiência.

Palavras-chave: pós-humanidades, crítica literária, resistência, vida.

The work has as the initial objective to analyze some nodal points in the field of animal studies and, starting from these general guidelines, address the discourse of literary criticism undergoing a significant process of conceptual reconfiguration. The accent will be placed on some appropriations of the notion of "life", an important core in most critical studies examining the productivity of the literature-animality link. Suh core involves a transformation of the judgments about the forms taken by the relations between life and literature, as well as a revision of concepts trying to apprehend a subject of experience.

Keywords: posthumanities, literary criticism, resistance, life.

*¡Y cuán lejos estamos todavía del estado en que
vengan a agregarse al pensamiento científico las
fuerzas artísticas y la sabiduría práctica de la vida y
se establezca un sistema orgánico superior frente al
cual el erudito, el médico, el artista y el legislador,
tal como ahora los conocemos, aparecerán como
unas pobres antiguallas!*

F. Nietzsche *La gaya ciencia*. III, 113.

La resistencia humanista

Quisiera en estas páginas revisar algunas ideas que organizan actualmente el campo de los llamados “estudios animales” para luego, a partir de esos lineamientos de carácter más bien general, centrar el foco en el discurso de la crítica literaria que, creo, se encuentra en un momento de reconfiguración muy productivo. Me propongo, en otras palabras, delinear un mapa de intereses y presupuestos compartidos por algunas de las disciplinas que conforman el ámbito de las humanidades y analizar, como se anuncia en el título, su función en la definición y abordaje de lo que provisoriamente llamaré literatura de animales. “De” y no “sobre” animales; quiero decir que no me refiero, como podría inferirse, a las escrituras ficcionales en la que se figuran animales –comúnmente llamada “zooliteratura”– ni a aquellas que se

abocan a la reflexión sobre la animalidad como problema filosófico o teórico, sino a una serie de textos que –ya veremos cómo y por qué– se orienta a exponer, a través de diversas técnicas y procedimientos, que ha sido escrita por animales. Se trata de un corpus que podría contener virtualmente cualquier escritura literaria. Está en juego aquí una idea que Jacques Derrida adelantó en sus escritos sobre el animal autobiográfico y con la que abrió un nuevo espacio de reflexión sobre el pensamiento y la representación *del* animal: “Quienquiera que dice ‘yo’ o se aprehende o se plantea como ‘yo’ es un ser vivo animal”. Partiendo de una premisa de engañosa sencillez, Derrida propone la fundación de una disciplina que imagina como una filosofía de animales, y que, nos gustaría argumentar, tendría un diálogo fluido con nuestra literatura de animales. Un género en el que se inscribirían todos aquellos textos que procuran rastrear las huellas del animal que escribe cada vez que alguien se afirma como humano. En lugar de hablar –ya se trate de literatura o de filosofía– de escrituras sobre la animalidad, deberíamos llamarlas escrituras animalizantes o animalizadas.

Lo primero que creo relevante considerar es el fuerte impacto que sobre el campo de las humanidades tuvieron los estudios de la llamada “cuestión animal”,

esa vertiente del pensamiento contemporáneo que ha vuelto a poner en el centro de la escena la figura de Friedrich Nietzsche –sabemos hasta qué punto Gilles Deleuze y Felix Guattari, Jacques Derrida, Michel Foucault y también los pensadores posthumanistas europeos y americanos de nuestros días escribieron y escriben en la estela del filósofo alemán–,² fundamentalmente su denuncia de la artificialidad y arbitrariedad del universo antropocéntrico modelado por la metafísica. La transformación fundamental en este sentido ha sido, evidentemente, la del concepto de hombre, cuya centralidad e identidad fueron puestas bajo sospecha. Ya no es posible, como afirma Mónica Cragolini, *“pensar al existente humano en términos de sujeto representativo, autónomo y propietario, que “objetiva” el mundo en ese espacio interior de la conciencia”* (2014, 9). Al quiebre decisivo de la noción de conciencia que significaron los desarrollos del psicoanálisis y al fuerte cuestionamiento de la idea de identidad como sustancia que propiciaron las

teorías estructuralistas, se sumaron los avances en el terreno de la etología, la neurociencia y el cognitismo. Estas disciplinas revisaron conceptos clave de los discursos humanistas, como los de “conciencia”, “subjetividad” o “lenguaje”.

Los trabajos en torno a la cuestión animal pusieron en evidencia y agudizaron, así, la crisis por la que atraviesan los discursos humanistas afectando, naturalmente, la configuración del campo disciplinar cuyo objeto había sido aquella cuestionada noción de hombre. Por eso una de las consecuencias más palpables del desarrollo de los estudios críticos animales ha sido la reestructuración de la fisonomía de las humanidades, materializada en la creación del espacio eminentemente transdisciplinar de las “posthumanidades”: una red de teorías y prácticas que reemplazan la tan resquebrajada concepción de lo humano por el más complejo y múltiple concepto de lo viviente.³ Cary Wolfe, referente actual de la corriente de pensamiento posthumanista anglosajona, propone entender a esta red como *“una forma de reflexividad distribuida”* que es necesaria en tanto ningún discurso, ninguna disciplina puede volver transparentes las

² Me refiero, entre otros, a Cary Wolfe, Mathew Calarco, Paola Cavalieri, Alphonso Lingis y Judith Roof. En el ámbito latinoamericano es una referencia insoslayable el volumen *Extrañas comunidades*. La impronta nietzscheana en el debate contemporáneo (Cragolini 2008).

³ Para un desarrollo de este tema pueden consultarse, entre la vasta bibliografía existente, Wolfe (2010) y Cragolini (2014).

condiciones de sus propias observaciones (Wolfe 2010, 117).⁴ En este sentido, añade Wolfe, la transdisciplinariedad podría ser entendida como un diálogo entre diversas disciplinas que, desde su campo específico de saber, ponen en cuestión –y son cuestionadas por– otras formaciones disciplinares.

En el ámbito de la crítica filosófica y cultural argentina reciente estas transformaciones son cada vez más perceptibles. Los dosieres de revistas dedicados a la cuestión animal, tanto el preparado por el equipo editorial de la cordobesa *Nombres* en 2008, que es una recopilación señera en el área, así como también el de la porteña *Pensamiento de los confines*, titulado “El giro animal” y el del *Boletín* del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria de la Universidad Nacional de Rosario (“Animalidad, pensamiento, literatura”) – ambos de 2011– han sido concebidos con la evidente intención de hacer dialogar a la crítica literaria con la filosofía y la filosofía política y, de modo casi especular, a la filosofía y la filosofía política con la literatura. Lo mismo puede

⁴ La definición de transdisciplinariedad citada por Wolfe proviene de: Dolling and Sabine Hark. “She Who Speaks Shadow Speaks Truth: Transdisciplinarity in Women’s and Gender Studies”. *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 25, nº 4 (2000): 1195, 1197. La traducción es nuestra.

decirse de los estudios sobre la recepción del pensamiento de Nietzsche en Argentina que entre 2001 y 2010 publicó la revista *Instantes y azares*, en los que se rastrea la impronta nietzscheana en escritores capitales del canon literario argentino como Jorge Luis Borges, Ezequiel Martínez Estrada o Alejandra Pizarnik. También son prueba de una clara voluntad transdisciplinar las lúcidas lecturas de la obra de Franz Kafka realizadas por Mónica Cragolini (2010) y Evelyn Galiazo (2010), dos estudiosas de las huellas del pensamiento nietzscheano en nuestra cultura contemporánea, o el prólogo de la antología *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida* que redactaron Gabriel Giorgi y Fermín Rodríguez, ambos especialistas en teoría literaria y literatura latinoamericana.

Lo que me interesa destacar aquí no es sólo que se está produciendo un intercambio de intereses entre disciplinas cuyos territorios, por otro lado, han sido siempre colindantes; quisiera sobre todo subrayar el efecto transfigurador que ese movimiento tiene en el campo específico de la crítica literaria y también, claro está, de su objeto de estudio, la literatura. Es decir, el hecho de que después de varias décadas en las que los esfuerzos metodológicos de la crítica se orientaron mayormente a la creación o recreación de

una serie de herramientas apropiadas para la lectura de textos literarios, la emergencia de la “cuestión animal” provocase una reconsideración de los presupuestos que sostenían esas intenciones –fundamentalmente, de las nociones de sujeto y de representación–, quitando a las perspectivas ligadas a la lingüística su rol de principales interlocutoras y colocando en su lugar al discurso filosófico.

Esta transformación traerá consigo un nuevo modo de pensar la especificidad del lenguaje literario, que ya no se reconocerá tanto en su actividad autorreflexiva como en su singular modo de producir pensamiento. Dos procesos evidentemente vinculados pero que la crítica irá progresivamente deslindando con el fin de evitar las explicaciones tautológicas. Si el repliegue del lenguaje literario sobre sí mismo –eso que Roman Jakobson llamó la “función literaria”– sólo puede ser percibido gracias a la existencia de un “afuera”: de un conjunto de relaciones –materiales, imaginarias, simbólicas– con el mundo, es necesario que la lectura literaria vuelva a estrechar lazos con la filosofía. Así, la pregunta nodal ¿qué es la literatura? será sustituida por una aparentemente menos ambiciosa: ¿cómo piensa la literatura? Asumiendo, claro, que eso que hoy convenimos en

llamar literatura no es sino una de las múltiples formas que tiene el lenguaje de producir pensamiento.

La otra consecuencia de la expansión de los estudios animales que considero importante señalar, en tanto resulta también decisiva para el futuro de nuestro trabajo, es la voluntad de estudiar las relaciones entre creación artística y conocimiento. No es casual, en efecto, que los aportes más recientes a los estudios animales se caractericen por tratar de comprender cómo elaboran y reelaboran conceptos algunas producciones estéticas que tradicionalmente habían sido ligadas al dominio de la fantasmagoría, el sueño o la expresión subjetiva –entendida como emoción individual, como curso natural por el que fluye la sensibilidad del artista–. En los últimos tiempos, críticos dedicados al estudio de diversas prácticas estéticas comienzan a indagar su dimensión epistemológica –entendiendo el conocimiento, por supuesto, como una labor de aproximación y no como el acceso a una realidad objetiva–. En el caso de las artes plásticas, por ejemplo, se analizan experiencias en las que los artistas generan, y a veces protagonizan, encuentros con animales en los que alguna faceta de la animalidad o de la relación hombre-animal es

reconsiderada.⁵ Algunos de ellos son acontecimientos de orden performático, otros tienen lugar en el ámbito de un laboratorio, otros simplemente recurren a técnicas convencionales como la escultura, la pintura o la fotografía para dar cuenta de una transformación imaginaria que, habiendo sucedido ya, solo pide ser testimoniada.⁶ En todas esas obras o *performances* se reconoce la voluntad de encontrar en el animal –en su “superficialidad”, dirá Ron Broglio– una fuente de creación teórica cuya relación con el sentido difiere sustancialmente de la forma de reflexión del ser humano (Broglio 2011, 81). Se trata de una perspectiva nacida de intereses a un tiempo estéticos y políticos, en tanto supone una revaloración de todo lo que durante siglos ha sido despreciado tanto

en el campo de las artes como de las ciencias: lo exterior, lo corpóreo, lo superficial, lo bajo, lo múltiple, lo anónimo, lo no lingüístico, lo efímero.

Los críticos que ponen en juego toda esa serie de contravalores parecen haberse preguntado: ¿qué pasaría si buscásemos pensamiento precisamente allí donde creemos que no es factible encontrarlo?; ¿qué imágenes, qué ideas de la relación entre hombre y animal se desprenderían de esas experiencias? Estos dos interrogantes constituyen los ejes en torno a los cuales se puede leer el impacto de la vertiente de pensamiento posthumanista en el ámbito de la crítica literaria, que es el que me gustaría revisar en estas páginas. Aunque tal vez debería decir, para ser coherente, con las lecturas de literatura, sea cual fuere el campo disciplinar o institucional en el que ellas se inscriban.

Ahora bien, antes de comenzar a analizar de qué modo, con qué estrategias metodológicas y conceptuales, los lectores están llevando toda esa agua –revuelta, turbia y refrescante– al molino de la crítica literaria, creo que es necesario hacer una salvedad para evitar una posible distorsión: el trabajo de la crítica que procura abreviar en la corriente de pensamiento posthumanista no se identifica con aquello que se ha

⁵ Véanse Broglio (2011) y Baker (2013).

⁶ ¿Cómo son esas experiencias? Me limito aquí a una descripción muy sucinta, solo para dar una idea más concreta de las obras: un concurso en el que, gracias a un dispositivo electrónico –también llamado “ratón” –, las ratas dibujan con su movimiento (Lucy Kimbell: “Is your rat an artist?”); pinturas realizadas a la intemperie, incluyendo en su proceso la intervención de animales que habitan una determinada zona geográfica (Olly and Suzi: “Anaconda on Painting”, “Penguins Sliding” o “Cycle of Pray”; retratos fotográficos en los que se funden en un solo rostro rasgos humanos y animales (Mary Britton Clouse: “Nemo: Portrait/Self Portrait”, “Daphne”, “Naomi”, “Cecilia”, entre otras).

caracterizado como el campo de los escritos “*posteóricos*”, “*posdisciplinares*”, “*poscoloniales*” o “*posoccidentales*” de los 90” (Dalmaroni 2015, 48), formas de abordaje que arrastraron a la teoría a la misma desgracia que a la literatura; es decir, que partiendo de la idea de que la literatura debía estar al servicio de la consecución de ciertas transformaciones institucionales o políticas, hicieron de la lectura un medio más o menos erudito o creativo, pero siempre constreñido por el alcance de esas intenciones y condenado de antemano a realizar tareas de reconocimiento.

Pero ¿por qué el posthumanismo no se identifica con estas corrientes “post”? En primer lugar, porque la transformación del campo disciplinar que se reclama desde el ámbito de los estudios críticos animales no tiene como fin homogeneizar los discursos disolviendo la especificidad de las diferentes prácticas artísticas en el vasto territorio de los ya declinantes “estudios culturales”; por el contrario, la idea es establecer zonas de contacto transdisciplinar que pongan de relieve las particularidades teóricas y metodológicas de cada enfoque –las condiciones de enunciación de sus discursos–, al tiempo que exponer, como decíamos, sus dificultades para pensarse a sí mismas. Un ejemplo bastante claro en este sentido podría ser el de la teoría de la

deconstrucción, vertiente filosófica que le permitió a la crítica literaria dar cuenta de los límites de sus propios ejercicios de lectura al mostrarle que las estructuras retóricas y gramáticas divergen entre sí, que se contradicen; en fin, que “*la retórica es irreductible, discrepante y heteróclita con respecto a la lógica y a la semiología y con respecto a la paráfrasis interpretativa*” (Catelli 2015, 35). De ese modo, a partir de una teorización filosófica acerca de la naturaleza indecible del lenguaje, la crítica pudo reflexionar sobre la particular forma de funcionamiento de su objeto de estudio y sobre sí misma o, en otras palabras, sobre las dos caras de lo que Paul de Man –propiciador de este fértil encuentro transdisciplinar– llamó la “resistencia a la teoría”.

En segundo lugar, las perspectivas de lectura que se identifican con el posthumanismo se distanciarían de los ‘post’ a los que alude Miguel Dalmaroni en que su objetivo no es en absoluto desplazar el foco del centro para arrojar luz sobre zonas consideradas –cultural, social, ideológicamente– marginales; su fin es más bien ampliar el ámbito de sus intereses incorporando problemas y discursos que pueden enriquecer la comprensión de la literatura. En ese sentido se orienta la reconsideración del hombre como animal y de la literatura

como forma específica de pensamiento. No se trata, entonces, de establecer nuevas jerarquías; el objetivo final es pensar por fuera de ellas: ni la entronización de lo literario como posibilidad de acceso a una experiencia inescrutable –reducción metafísica cuyo recorrido se agota siempre en la imposibilidad de hablar de lo que se considera esencial–, ni su consideración como mera traducción estética de los contextos–históricos, sociales, culturales–, verdaderos portadores del “sentido”. En ambos casos se establecen relaciones jerárquicas que tienen, por supuesto, efectos concretos sobre la suerte institucional de los críticos y sus tareas docentes o investigativas. Lo que está en juego cada vez que alguien se propone realizar una lectura posthumanista no es el valor de lo literario sino la consideración de las formas específicas que esas producciones que nuestra sociedad caracteriza como literarias tienen de figurar el mundo. Su capacidad de desestabilizar los conceptos con los que otros discursos construyen y regulan realidades.

Si lo que resiste en la literatura y en la teoría es, precisamente, el carácter inhumano del lenguaje, su no adecuación a los presupuestos que el humanismo le ha asignado durante siglos –humanidad, trascendencia del sentido, relación

unívoca con las cosas–, el posthumanismo no sería más que un nuevo modo de asedio a esas resistencias. De análisis, por un lado, de las resistencias que la literatura –y el lenguaje en general, su retoricidad– opone a la teoría, y de deslindamiento, por otro, de las múltiples resistencias –políticas, ideológicas, institucionales– que la cultura opone a las ambiciones de la teoría. Entendiendo por teoría, de modo bastante general, ese conjunto de presupuestos que apuntan a diseccionar e interpretar la relación entre las palabras y las cosas. Ahora bien, si las resistencias de la literatura son las del lenguaje mismo, ¿cómo sostener, desde la teoría, esa diferencia de lo literario, su especificidad como discurso? Se supone que quienes trabajan en el estudio y desarrollo de la teoría literaria deberían abogar por la singularidad de su objeto, pero si el posthumanismo propone, en la estela de pensamiento nietzscheano, desligar al lenguaje –a los lenguajes– de todo lastre metafísico, ¿cómo seguir sosteniendo la idea de una verdad, de un valor intrínseco (no institucional) de lo literario?

Parece haber, ciertamente, un equívoco fruto de un residuo humanista cada vez que los críticos ponderan la excepcional capacidad de la literatura para desestabilizar el lenguaje, para

desquiciarlo. Parafraseando y tergiversando un poco a Roland Barthes, se podría decir que el texto ataca, aunque no lo desee, las estructuras canónicas de la lengua misma (Barthes 1983, 51); sea cual fuere su naturaleza, atenta contra la voluntad reguladora de la gramática. Esta idea ayuda a entender mejor el salto epistemológico del posthumanismo: no se trata de la equiparación de todos los discursos sino de la equiparación de todo lenguaje, del que los discursos serían formas específicas de juego y transformación, formas en que ese no coincidir del lenguaje consigo mismo produce pensamiento. Así como toda vida es singularidad, diferencia, así todo texto crea sus particulares modos de relación con eso que convenimos en llamar “realidad”, pero siempre a partir de una relación conflictiva con el sentido o, dicho de otra manera, de una no-relación con el sentido unívoco. Y esa no-coincidencia, además de pensamiento genera vértigo, emoción. Los sonidos, el ritmo, las imágenes producen placer porque son imposibles de aprehender, de fijar, porque están en continuo movimiento. Por eso cuando hablamos de “pensamiento literario” hablamos también de la materialidad del lenguaje y de la materialidad del cuerpo que lo percibe o practica, y esa relación entre pensamiento

y materialidad es también inarmónica, incongruente. Barthes lo sintetiza muy bien: *“El placer del texto es ese momento en que mi cuerpo comienza a seguir sus propias ideas –pues mi cuerpo no tiene las mismas ideas que yo”* (1983, 29). Si la teoría puede aproximarse a esa experiencia del disenso será a través del cuerpo de su escritura, haciendo ciencia de ese desacuerdo original entre ideas y materia, verdadera fuente de todo placer, y también de todo conocimiento. Será, inevitablemente, una ciencia que testimoniará la desaparición de lo humano y, como consecuencia, la emergencia de nuevas formas de subjetividad. Su objeto, la literatura de animales, está todavía en ciernes.

La vida de la crítica

Aceptando, entonces, que el posthumanismo no es una forma “post” más de resistencia a la teoría, que se trata de una perspectiva que apuesta a teorizar –a escrutar las resistencias– en el marco de una radical transformación del escenario humanista, se abre un vastísimo campo de indagación en torno a las prácticas efectivas de lectura–en nuestro caso en particular, de lecturas literarias–. Nos interesará desplegar aquí dos que, creemos, delinean un mismo problema:

¿cuáles son las hipótesis que la crítica literaria toma del vasto campo del pensamiento posthumanista? y ¿qué efectos tiene sobre nuestra concepción del fenómeno literario el cuestionamiento de la distinción humano/animal a partir del recentramiento de la noción de “vida”?

La denuncia de la precariedad y arbitrariedad del concepto moderno de lo humano y la búsqueda de una perspectiva más rica y compleja en la noción de vida es un movimiento que creo juega un papel primordial en la mayor parte de los estudios críticos que procuran escrutarla productividad de la relación entre literatura y animalidad –pienso fundamentalmente en intervenciones dentro del ámbito argentino, pero me arriesgo a afirmar que es una hipótesis extensible a otras latitudes–.⁷ En dichos trabajos se reflexiona sobre los modos en que se figura literariamente la vida, lo cual entraña, evidentemente, una transformación de los juicios acerca de las formas que asumen las relaciones entre vida y literatura –un tema que tiene en nuestros días repercusión dentro de los estudios sobre las llamadas “escrituras del yo”–. Se trata, en definitiva, de un ataque

⁷ Véanse, por ejemplo, los trabajos de Margot Norris (1985), Susan McHugh (2011) y Christopher Breu (2014).

a las concepciones que intentan estabilizar o aprehender un sujeto de la experiencia.⁸

Ciertamente, allí donde la crítica literaria pre o post-teórica –humanista, pre-formalista, post-literaria, cultural o como elijamos llamarla– busca lo humano, con todos sus atributos, predicados y morales, las lecturas de cuño posthumanista rastrean las manifestaciones múltiples y cambiantes de la vida concebida como potencia

⁸ Tomamos como referencia los trabajos sobre el tema de Alberto Giordano, especialmente aquellos reunidos en *Una posibilidad de vida. Escrituras íntimas* (2006), *Vida y obra. Otra vuelta al giro autobiográfico* (2011a) y *La contraseña de los solitarios. Diarios de escritores* (2011b). Hay en ellos una interesante reflexión sobre la noción de vida que recupera la crítica a las concepciones que sustentan, nominan, humanizan la vida. Lo que interesa al crítico es precisamente registrar los momentos en los que el autobiógrafo o el diarista testimonian o involuntariamente permiten apreciar la descomposición de su propia subjetividad, sentir la vida como fuerza virtual, cambiante, impersonal, como corriente que atraviesa el tamiz del lenguaje. “El paso de la vida a través de las palabras” es la fórmula que Giordano utiliza dar cuenta de esa relación siempre desfasada, anacrónica e inestable. “Lo que Woolf llama realidad es siempre el correlato de una experiencia incomunicable, la manifestación de una certidumbre vacía de sentido, una evidencia repentina que se hurta, soberana, a los poderes de la nominación. Es eso que aparece en el intervalo entre-momentos cuando no aparece nada, cuando todo se hunde en su imagen. La vida, una vida, como proceso impersonal y extraño, como experiencia aterradora y excitante de los límites de la subjetividad: la irrupción del afuera en el corazón de lo íntimo” (2011b: 128).

anómala y generativa –y no como sustancia idéntica a sí misma–. La vida animal, metamórfica, impersonal, inhumana, anónima –sin propietarios, rostros ni contornos–, inmanente – resistente a la imposición de fines que la trasciendan–, virtual –potencial, actualizable– y, en consecuencia, futura. Es por eso que las filosofías vitalistas, o al menos las que parecen establecer un diálogo abierto y fecundo con la creación literaria, están orientadas al porvenir –en tanto realidad abierta que debe ser creada y recreada y no, evidentemente, como destino planificable, previsible–. De allí el interés de estas corrientes por los movimientos de vanguardia y por todas aquellas experiencias que apuntan a desdibujar los límites entre obra y vida, poniendo en suspenso algunas de las normas silenciosas instituidas por la tradición. Cuando la pregunta por el valor de una obra, prerrogativa por excelencia de la estética, se sustituye por la pregunta por su esencia (¿es esto una obra de arte?), es porque algo fundamental del orden del discurso humanista ha sido trastocado.

Ahora bien, esa vida potencial, futura, no sólo arrastra consigo la forma humana sino también aquella que el anti-humanismo estructuralista colocó en su lugar: la del sujeto. La subjetividad como efecto de la capacidad lingüística –el

lenguaje en lugar de la conciencia– será otro de los presupuestos teóricos cuya centralidad cuestionada con el argumento de que más que una diferencia que funcione como corte decisivo entre los vivientes, existe una multiplicidad de diferencias que operan sobre lo real y que incluyen, entre otras tantas, la diferencia lingüística –cuya validez, por otra parte, también está siendo revisada.⁹ La institución de una perspectiva no antropocéntrica tendrá como efecto primordial, pues, la desustancialización del sujeto, que no podrá ser pensado más que como un resto entre procesos de subjetivación y de desubjetivación. Ya no será sujeto todo aquel que hable; la subjetividad será la imagen resultante de la tensión entre la fuerza continua de la vida y la fuerza fijadora de la forma.

En una entrevista que le realizaron Stany Grelet y Mathieu Potte-Bonneville a Giorgio Agamben,¹⁰ éste observa la presencia de esa tensión aporética en el último pensamiento de Michel Foucault; más concretamente, en su trabajo acerca de lo que caracterizó como el “cuidado de sí”. Dice Agamben: está, por un lado, lo que Foucault define afirmativamente como la “inquietud de sí” y, en franca

⁹ Véase Giorgi y Rodríguez (2007, 17-18) y Cragnolini (2014, 7).

¹⁰ Publicada por primera vez en la revista *Vacarme* 10 (1999-2000) y recogida en Ugarte Pérez (2005).

convivencia con ella, la necesidad imperiosa de desprendimiento, de abandono de sí. Y agrega, parafraseando al filósofo: se ha llegado al fin de la vida si uno se interroga sobre la propia; el arte de vivir consiste precisamente en la destrucción de la identidad, de la psicología. *“Haría falta, por así decir, mantenerse en este doble movimiento, desubjetivación y subjetivación. Evidentemente, es un terreno en el que es difícil sostenerse”* (Ugarte Pérez 2005, 175). Esta lectura se apoya en gran medida en las reflexiones sobre los procesos de individuación realizadas por Gilbert Simondon, para quien en todo individuo coexisten un principio individual, personal, y un principio impersonal, no individual; una vida estaría siempre compuesta por esas dos fases, que están siempre en relación (186). Experimentamos la “desubjetivación” precisamente porque convivimos con una potencia impersonal, eso, dice Agamben, que nos sobrepasa y al mismo tiempo nos hace vivir.

El arte de vivir, o el arte de la vida tendría, así, una dimensión poética en el sentido etimológico de la palabra: la vida entendida como *poiesis*, como creación. La pregunta acerca de cómo hace el sujeto para estar en relación con esa potencia impersonal que no le pertenece y que

además lo excede es, ciertamente, un problema de índole artística. *“La desubjetivación no tiene solamente un aspecto sombrío u oscuro. No es simplemente la destrucción de toda subjetividad. Está también el otro polo, más fecundo o poético, donde el sujeto no es más que el sujeto de su propia desubjetivación”* (Ugarte Pérez 2005, 187). Ese doble movimiento que Foucault conceptualiza a partir de la reflexión sobre el cuidado de sí se podría aplicar, en efecto, a cualquier práctica creadora, sea ésta artística o crítica: quien se proponga abordar esas zonas de subjetivación y autoconocimiento se encontrará fatalmente con *“figuras donde un sujeto asiste a su debacle, ronda su desubjetivación”* (177).

Además de subrayar el interés de esta concepción de sujeto como resto resultante de procesos contradictorios en tensión, nos interesa rescatar aquí la propuesta metodológica que, en lugar de establecer principios teóricos para mantener a raya la tentación metafísica, alienta ejercicios de pensamiento en los que los procesos de subjetivación sean considerados como estrategias de lectura y no como verdades acerca del yo o del sentido. Por eso el posthumanismo propone entender la tarea artística como una pugna por apropiarse de una vida,

por formalizar lo informe, por hacer discreto lo que es continuo –perspectiva con la que se pone en jaque, evidentemente, el discurso de la estética, fuertemente arraigado en la ideología humanista y en el triunfo intemporal de la forma.

En el ensayo *El hombre sin contenido* Agamben vuelve sobre el problema de la valoración artística y acude a la idea nietzscheana del “arte para artistas”: “Ah, si de verdad vosotros pudieseis entender por qué precisamente nosotros necesitamos el arte...” pero “otro arte... un arte para artistas, ¡solamente para artistas!” (Nietzsche 2001, 41). ¿A qué se refiere Nietzsche con esa fórmula? No sólo a un desplazamiento del punto de vista tradicional sobre el arte (centrado en la recepción y no en la producción) sino, de modo más radical, a una eliminación de la distinción entre creador y espectador que tiene como efecto una mutación en el estatuto esencial de la obra de arte (Agamben 2005, 27), considerada por Nietzsche como eterna autogeneración de la voluntad de poder y, por tanto, rasgo fundamental del devenir universal. La estética deja lugar así a una visión nihilista desacralizada y desacralizante que, al poner en el centro de la escena a la vida como fuerza primigenia, destrona al “sujeto creador”, dador supremo de

sentido, y hace de la obra una pura apariencia, superficie en la que se deslizan, inaprehensibles, los contenidos.

Una perspectiva crítica apoyada en tales ideas funda, además de un campo conceptual no dominado por lo humano como centro ordenador de la experiencia, un nuevo modo de entender la relación que las prácticas estéticas sostienen con esa poderosa hipótesis de lo viviente: eso que la crítica define a grandes rasgos como “sensibilidad vitalista”. No pretendemos, ni estaría ciertamente a nuestro alcance, realizar aquí un examen de las diversas corrientes de pensamiento del vitalismo; procuraremos, sin embargo, deslindar algunos aspectos que son cruciales para comprender la transformación epistemológica propuesta desde el posthumanismo. En primer lugar, parece inevitable detenerse al menos un momento en las resistencias que la noción de vida opone a cualquier perspectiva que intente aprehenderla. Como señala María Pía López en *Hacia la vida intensa*, una de ellas –tal vez la fundamental– es su resistencia a la conceptualización. La esencia de la vida sería negada si se quisiera y pudiese dar de ella una definición conceptual. “Sólo le es dado, como vida consciente, llegar a ser consciente de sí misma en su movilidad, sin que esté por medio el estrato de la

conceptualización, que coincide con el dominio de las formas” (López 2009, 47). Se establece así una tensión entre la vida y su formalización: no es posible percibir la vida si no es a través de las formas, y las formas, por su parte, no tienen otro origen que la vida.

La literatura, producto de un conjunto de formas nacidas del movimiento creador de la vida, es a su vez una construcción que resiste el movimiento, que se manifiesta como fijación; pero hay, al mismo tiempo, algo en ella –la retoricidad del lenguaje, dirá Paul de Man– que reproduce la inestabilidad de todo proceso vital, algo que está siempre en trance de nacer y morir. Por eso la crítica se debate necesariamente entre dos fuerzas contradictorias: la de producir puntos de anclaje para la fijación cultural –de ello depende nada más ni nada menos que la existencia de una tradición– y la de permitir que se produzcan cambios, que los lenguajes y los códigos se transformen, se renueven. De la lucha entre esos dos impulsos antagónicos nace lo que llamamos creación cultural. “*El triunfo de la vida es lo que hace la historia de la cultura (de la literatura), la sustitución de unas formas por otras, su transformación*” (López 2009, 47-48). Las imágenes a las que el vitalismo recurre para figurar esos

procesos tan difíciles de aprehender se reiteran: el río, la metamorfosis, la figura del nómada; figuras también recurrentes en la literatura de raigambre posthumanista: aquella que procura dar cuenta del latido animal en los personajes y en las voces narradoras humanas, aquella que entiende el nomadismo como el único modo posible de habitar el mundo y de ejercitar el pensamiento.

Pero ¿qué significa aquí ejercitar el pensamiento? Fundamentalmente, no renunciar a la tarea de pensar el pensar mismo, es decir, resistir el encorsetamiento conceptual, que obstaculiza “*la percepción de la unidad vital y la condición misma de la vida*” (López 2009, 68). Hacer de la sospecha un principio metodológico. La desvalorización –tan cara al linaje nietzscheano– del mundo de las categorías, los sistemas, las teorías, tiene como objetivo central registrar alguna huella de esa realidad cambiante y huidiza. Frente a los críticos y filósofos cultores de las formas, las filosofías de la vida, en consonancia y sana asociación –veremos a qué refiere esto enseguida– buscan un roce o una apropiación de ciertas capacidades expresivas: construyen un conjunto de estrategias para dar cuenta de aquello que el concepto indefectiblemente traicionaría. Estrategias

que apuntan, para retomar lo planteado al inicio de estas páginas, al diálogo transdisciplinar y al contagio teórico. Una sana asociación significaría, así, que las posthumanidades apuntan a integrar todos aquellos saberes para los que la cuestión animal más que un conjunto de contenidos formalizadoses una perspectiva de lectura que trastoca el orden –taxonómico, jerárquico– instituido por la hegemonía del humanismo. Perspectiva no antropocéntrica, no logocéntrica, impulsora de una nueva lectura de lo viviente que da, a su vez, nueva vida a las lecturas.

“La vida de la crítica” refiere, así, a dos movimientos simultáneos e interdependientes. Por un lado, nombra los cambios producidos al interior de los estudios literarios, su voluntad de crear y recrear categorías para aprehender las formas en que la literatura aborda la desvinculación del lenguaje de toda realidad sustancial, presente, trascendente; en definitiva, de toda realidad “humana”. Y, por otro, alude a una revitalización de los discursos de la crítica que, superado el duelo por la obra de arte tal como fue concebida en la Europa renacentista –efecto inevitable del ocaso de la estética como disciplina– tendrá la posibilidad de buscar un nuevo

sentido a la actividad artística, ligándolo a su propia incertidumbre como viviente; es decir, retornando a aquella relación interesada, pre-estética, que veía en el arte una voluntad de potencia, una promesa de felicidad cifrada en un “*ilimitado acrecentamiento y potenciación de los valores vitales*” (Agamben 2005, 11).¹¹ Una crítica que revive al proponerse repensar la vida. O, en palabras de Giorgi y Rodríguez, al procurar estudiar e inventar “*los modos en que nuestras subjetividades, nuestras ‘formas de vida’ expresan, sin reducirla, esa pura potencia, esa “pura inmanencia” de una vida*” (2007, 16). Los modos en que el animal autobiográfico deja su huella no a pesar sino gracias a la resistencia del lenguaje, a su aspecto material, rítmico, ambiguo, imaginario. No es extraño, entonces, que esa búsqueda

¹¹ “Al transformar en procedimiento poético el principio del retraso del hombre frente a la verdad, y al renunciar a las garantías de lo verdadero por amor a la transmisibilidad, el arte, una vez más, consigue hacer de la incapacidad del hombre de salir de su estado histórico, permanentemente suspendido en el intermundo entre viejo y nuevo, pasado y futuro, el espacio mismo donde puede encontrar la medida original de su propia estancia en el presente, y reencontrar cada vez más el sentido de su acción.

Según el principio que afirma que tan sólo en la casa en llamas es posible ver por primera vez el problema arquitectónico fundamental, así el arte, una vez que ha llegado al punto extremo de su destino, permite que pueda verse su proyecto original” (Agamben 185).

transforme por completo nuestras ideas acerca de lo que la literatura es y de lo que la literatura puede en relación con la vida.

Finalmente, queda pendiente, entre tantas otras, la tarea de analizar cómo hará la crítica literaria para abordar su objeto, la *literatura de animales*, sin sustancializar las diversas emergencias de lo viviente; ¿cómo evitará comulgar con la idea –tan seductora, por cierto– de que la literatura animal o animalizada produce imágenes en las que la vida es intensificada y, por tanto, permite la realización de una experiencia más satisfactoria –sea cual fuere el contenido que se asigne a este adjetivo– del mundo? Dicho de otro modo: ¿cómo evitará ponerse al amparo de una nueva estética? Las versiones moralizantes de los problemas abordados se presentan siempre como un horizonte de inteligibilidad que amenaza con empobrecer, con aplanar las lecturas. La crítica al humanismo debería, por el contrario, ofrecernos vías alternativas para aproximarnos al pensamiento literario a través de nociones capaces de aliarse con formas de vida menos restrictas y con lenguas más abiertas (López 2009, 10). Lo cual no significa, por supuesto, rechazar de plano el problema de la verdad; la clave estaría en entenderla como “*la disposición del pensamiento a*

expandir, y no limitar, sus capacidades creativas” (10). Léase aquí el fundamento ético de la elección del posthumanismo como perspectiva crítica y como condición de posibilidad de una crítica indisciplinada.

JULIETA YELIN

Doctora en Humanidades con mención en Literatura por la Universidad Nacional de Rosario. Actualmente trabaja como investigadora en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) de Argentina y dirige la revista académica *Badebec*. Publicó artículos y ensayos en diversas revistas especializadas. Editó, junto con Elisa Martínez Salazar, *Kafka en las dos orillas. Antología de la recepción crítica española e hispanoamericana* (Prensas Universitarias de Zaragoza, 2013) y acaba de publicar el libro *La letra salvaje. Ensayos sobre literatura y animalidad* (Beatriz Viterbo Editora, 2015).

Bibliografía

- AAVV, “La recepción del pensamiento de Nietzsche en la Argentina” (Dossieres I, II, III, IV, V y VI), *Instantes y azares* 1-8, 2001-2010.
- Agamben, Giorgio, *El hombre sin contenido*, Barcelona, Áltera, 2005.
- Baker, Steve, *Artist/Animal*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2013.
- Barthes, Roland, *El placer del texto seguido por Lección inaugural*, Madrid, Siglo XXI, 1983.
- Breu, Christopher, *Insistence of the Material. Literature in the Age of Biopolitics*. Minneapolis, University of Minnesota Press, 2014.

- Broglio, Ron, *Surface Encounters. Thinking With Animals and Art*. Minneapolis, University of Minnesota Press, 2011.
- Catelli, Nora, “Retórica y jergas en la crítica contemporánea” [conferencia impartida en 1987], 452°F 12, 2015.
- Cragolini, Mónica (comp), *Extrañas comunidades. La impronta nietzscheana en el debate contemporáneo*, Buenos Aires, La Cebra, 2008.
- . “Animales kafkianos: el murmullo de lo anónimo”, *Kafka: preindividual, impersonal, biopolítico*, Buenos Aires, La Cebra, 2010.
- . “Extraños animales: la presencia de la cuestión animal en el pensamiento contemporáneo”, *Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales*, Año 1, vol. 2, 2014.
- Dalmaroni, Miguel, “Resistencias a la lectura y resistencias a la teoría. Algunos episodios en la crítica literaria latinoamericana”, 452°F 12, 2015.
- De Man, Paul, “La resistencia a la teoría”, *La resistencia a la teoría*. Madrid: Visor, 1990.
- Derrida, Jacques, *El animal que luego estoy si(gui)endo*, Madrid, Trotta, 2008.
- Esposito, Roberto, *Tercera persona. Política de la vida y filosofía de lo impersonal*, Buenos Aires, Amorrortu, 2009.
- Galiazo, Evelyn, “Patatas arriba. Lenguaje, animalidad y animalización en los cuentos de Kafka”, *Kafka: preindividual, impersonal, biopolítico*, Buenos Aires, La Cebra, 2010.
- Giordano, Alberto, *Una posibilidad de vida. Escrituras íntimas*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2006.
- . *Vida y obra. Otra vuelta al giro autobiográfico*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2011a.
- . *La contraseña de los solitarios. Diarios de escritores*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2011b.
- Giorgi, Gabriel y Rodríguez, Fermín (comp.), *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*, Buenos Aires, Paidós, 2007.
- López, María Pía, *Hacia la vida intensa*, Buenos Aires, Eudeba, 2009.
- McHugh, Susan, *Animal Stories. Narrating across Species Lines*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2011.
- Nietzsche, Friedrich, *La gaya ciencia*, Madrid, Akal, 2001.
- Norris, Margot, *Beasts of Modern Imagination. Darwin, Nietzsche, Ernst & Lawrence, Baltimore and London*, The John Hopkins University Press, 1985.

Ugarte Pérez, Javier (comp.), “Una biopolítica menor’. Entrevista con Giorgio Agamben, *La administración de la vida: estudios biopolíticos*, Barcelona, Anthropos, 2005.

Wolfe, Cary, *What is posthumanism?*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2010.